



PASADO Y PRESENTE DE TOLEDO

I

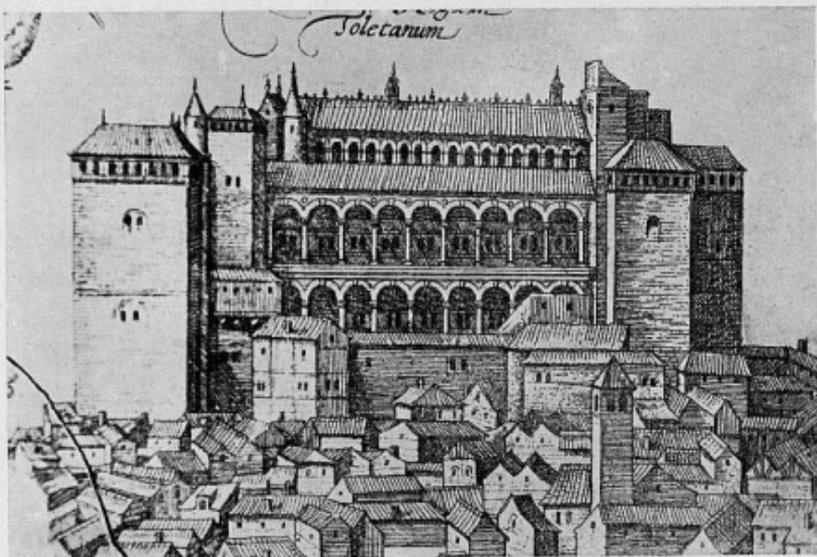
Las sombras se extienden lentamente. Múltiples matices que predicen la oscuridad envuelven sus contornos. El río que serpentea estrangulando la ciudad adquiere reflejos violetas y grises. Amarillento el cielo, donde se recortan las siluetas de cúpulas y torres, se va transformando en cárdeno y los grandes nubarrones se tiñen de rojo, que refleja el río, como si una saeta invisible hubiese desgarrado las entrañas del monstruo de múltiples formas.

La gran mole mutilada del Alcázar preside la ciudad, cansada, se recoge y reposa con un sueño pesado —sueño de siglos, que ennoblec— y el silencio sepulcral sólo es roto por el tañido melancólico de las campanas de algún viejo convento perdido misteriosamente en la lejanía de las sombras.

No hace falta más que soñar un poco, cuando la ciudad, cansada, se recoge y reposa con un sueño pesado —sueño de siglos, que ennoblec— y el silencio sepulcral sólo es roto por el tañido melancólico de las campanas de algún viejo convento perdido misteriosamente en la lejanía de las sombras.

Pensamos en la fundación de Toledo, y no podemos prescindir de evocar las ingenuidades pintorescas de sus tres antiguos historiadores, Pedro de Alcocer, el Conde de Mora y Francisco de Pisa (1). Quisieron explicar el origen de la ciudad en sus famosas obras, editadas al final del siglo XVI y principios del XVII, justamente cuando Cervantes atacaba la imaginación fantástica de la época, desbocada morbosamente en los libros de caballerías. Con su infantil imaginación, creyeron que el origen de la ciudad de sus amores tenía que ser de lo más extraño, y si este origen se perdía en la profundidad de los tiempos, no importaba. Lo mismo que el famoso hidalgo de La Mancha creó a Dulcinea, al encontrar un vacío en sus ideales, ellos forjaron en sus calenturientos cerebros los más fantásticos despropósitos, pues creían necesario inventar y creer, cuando un vicio inexplicable invadía el arcano.

Si su origen se pierde en la noche de los siglos, será inútil empeño de la fantasía el querer descubrirlo. Sin embargo, unos sostuvieron que fué fun-



Antiguo Alcázar, en 1566.

dada por Túbal, descendiente del patriarca Noé, por los años 2.130 antes de J. C., tomando la ciudad el nombre de Tublete. Otros la atribuían a Pirro, capitán de Ciro, Rey de Babilonia; otros a Tago, tercer nieto de Túbal. No faltó alguien, como D. Rodrigo Ximénez de Rada, que buscase su origen en Israel, dándole el nombre de Tholedoth, palabra que en hebreo significa "generaciones".

Los aficionados a la mitología, que tanto abundaron en los siglos pasados, pensaron como fundador en Hércules, e hilvanando extravagancias, aseguraron que éste labró la cueva que lleva su nombre, y que existió no lejos de lo que fué Iglesia de San Ginés.

Sean cual fueren las opiniones de los antiguos, es inútil querer fijar exactamente la fecha de su fundación, ya que no existen datos suficientes para ello, y solamente podemos asegurar que su origen se debe, sin duda, a su posición estratégica para la defensa, rodeada la mayor parte de su contorno por el Tajo, lo que hizo que sirviera de refugio nocturno a los pastores celtas, que fijaron allí su residencia.

El año 192 antes de J. C. ya tenemos datos concretos de su existencia, al caer, después de san-

gria defensa, en poder de los romanos. Era Toledo entonces, según nos ha dejado escrito Morales en su "Crónica general", apoyándose en descripciones de Tito Livio, "una ciudad pequeña, más muy fuerte por sólo su sitio, que como agora vemos es uno de los más extraños y fortalecidos que puede haber en el mundo". El mismo autor escribe a continuación: "Con este ejército salió a pelear Fulvio y vencióndole y desharstándolo todo, volvióse para apretar el cerco de Toledo, y al fin con derribarle el muro y allegarle torres de madera, de donde los romanos pudiesen pelear por igual y saltar en la ciudad, la acabó de ganar".

Muchos historiadores romanos ponen en duda que Toledo tuviese murallas en aquella época, atribuyendo a Morales una falsa interpretación en la traducción de Tito Livio. Tuviere o no murallas, Toledo existía ya como ciudad.

Los conquistadores romanos la constituyeron en capital del territorio que llamaron Carpetania. Tuvo fuero de batir moneda, como se comprueba por algunas que nos han llegado de aquella época. Construyeron una fortaleza en el lugar en el que actualmente se alza el Alcázar, una cárcel donde sufrió martirio Santa Leocadia y la rodearon de mura-

llas, que comenzaban en la colina del Alcázar, siguiendo en dirección oblicua por Zocodover, Santa Fe —lo que se llamó en otro tiempo el Torio de las Carretas—, la Cruz Verde, por cima del Cristo de la Cruz o de la Luz, San Nicolás, San Vicente, Santo Domingo el Antiguo, el Colegio de Doncellas, Santo Tomás, San Salvador, la Trinidad, el Palacio Arzobispal, la casa del Deán y San Miguel el Alto, volviendo a unirse al punto de arranque.

Vemos que el recinto romano tenía unas reducidas dimensiones, comparado con los recintos visigodos y árabes.

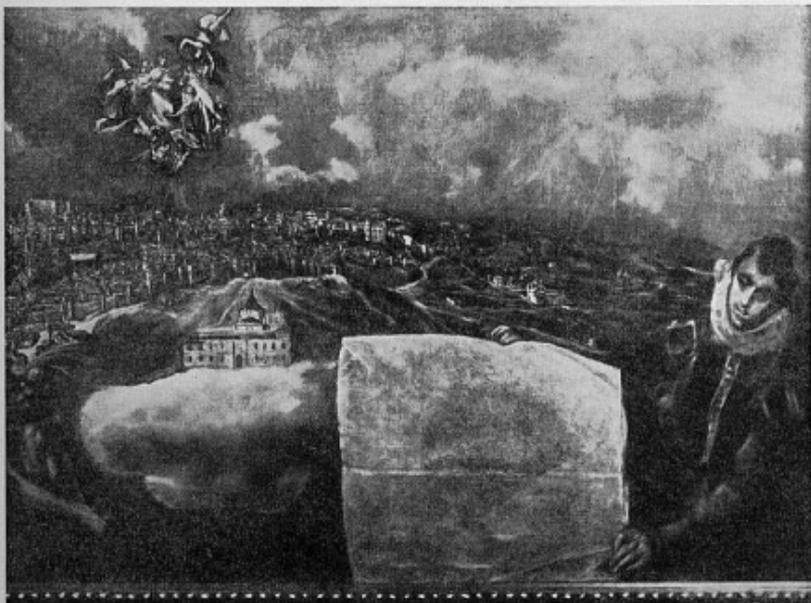
Fuera de las murallas edificaron, en la Vega Baja, un circo y, según parece ser, también una naufragia y un templo, que fueron destruidos, lo mismo que el acueducto (que llevaba a Toledo el agua del Castañar), en el año 911, cuando la rebelión del Walid Kalib-Aben-Hatam contra el califa cordobés Abd-er-Rhman II. En la parte donde está el barrio de las Covachuelas se han encon-

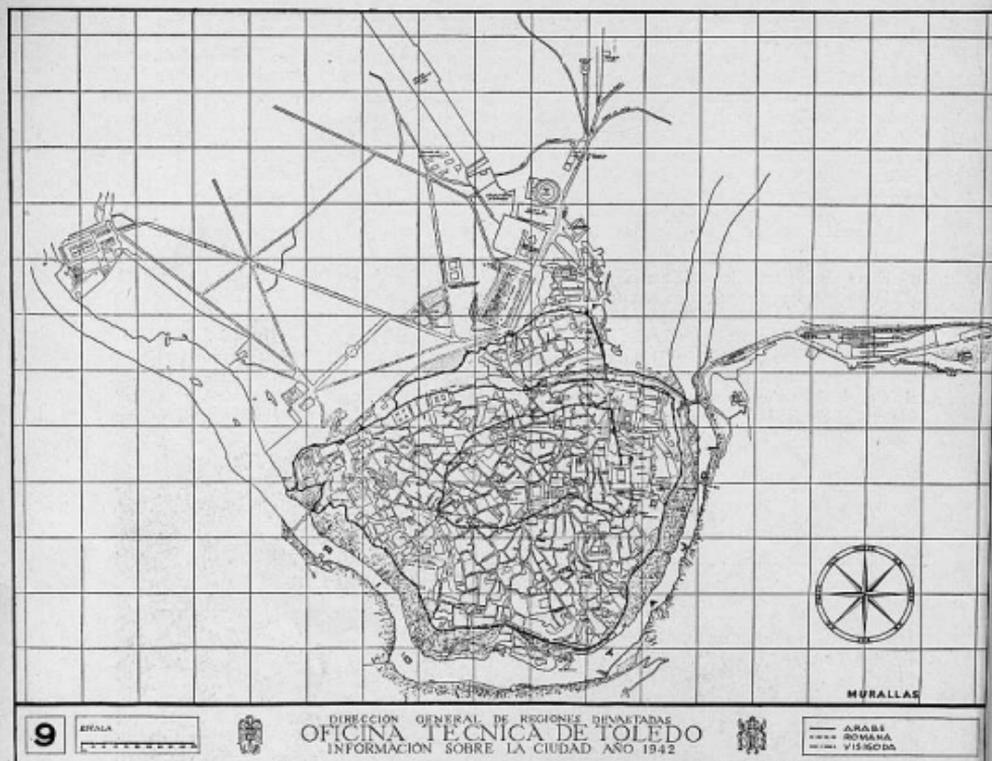
trado restos de otra construcción romana, que parece fué un teatro.

En cuanto a la estructura de la ciudad en esta época, se afirma que era totalmente distinta de la actual, siendo las calles anchas y los edificios suntuosos.

En el reinado de Wamba, habiéndose extendido mucho la población, éste alza un nuevo cerco, que iba desde el Alcázar hasta la Puerta de los Doce Cantos o Caños, donde había un puente de paso que servía también de acueducto para la conducción de agua potable, siguiendo después por la Puerta de Perpiñán o de las Galias, por cima de la Albóndiga y los Desamparados, Miradero, Arco del Cristo de la Cruz, llamado Puerta de Valmardones o Majoriano, Muro de Azor, Seminario, Santo Domingo el Real, Puerta del Norte, titulada de Cerrato primero y de Almaquera después, que debió de caer en la parte superior de La Granja, en el lugar donde estuvo la casa de Vargas, Secretario de Felipe II, casa de los Silvas y los Carme-

Toledo. Cuadro del Greco.





litas del Cambrón o Puerta Rumía, continuaba rodeando los palacios reales de los godos y llegaba hasta la puerta de Adabaquin o del Hierro, cerca de Las Carreras, y de aquí hasta la Puerta de los Doce Cantos.

Los turbulentos tiempos en que reinó Wamba, propicios para traiciones y venganzas, dieron lugar a sublevaciones, como la de su general Paulo, que en la Galia Narbonense se erigió en Rey y le envió un famoso cartel de desafío, titulándolo, según Ambrosio de Merales (2), *señor de los bosques y amigo de los peñascos*, sin duda al referirse al cariño que sentía hacia Toledo, lo que decidió al Rey, antes de salir a combatirlo, a ejecutar las nuevas fortificaciones.

Lo mismo que los romanos consideraban las mu-

rallas como algo sagrado, los visigodos pusieron las puertas de la ciudad bajo la advocación de santos patronos, que las protegieran y hermosearan la ciudad, que, como dice Parro en su obra "Toledo en la mano", fué la ciudad regia por excelencia, corte de dilatados señorios y residencia ordinaria de todos los monarcas hasta la invasión árabe.

Los famosos Concilios, que a la vez eran Cortes del Reino, la hicieron famosa en esta época, llegando a celebrarse hasta diez y ocho.

Edificios importantes fueron construidos, como la Catedral, por orden de Recaredo. No la Catedral actual, sino una iglesia mucho más modesta. La Iglesia de Santa Leocadia fué fundada por Sisebuto, y en ella se celebró algún Concilio.

El sistema defensivo de los godos representaba

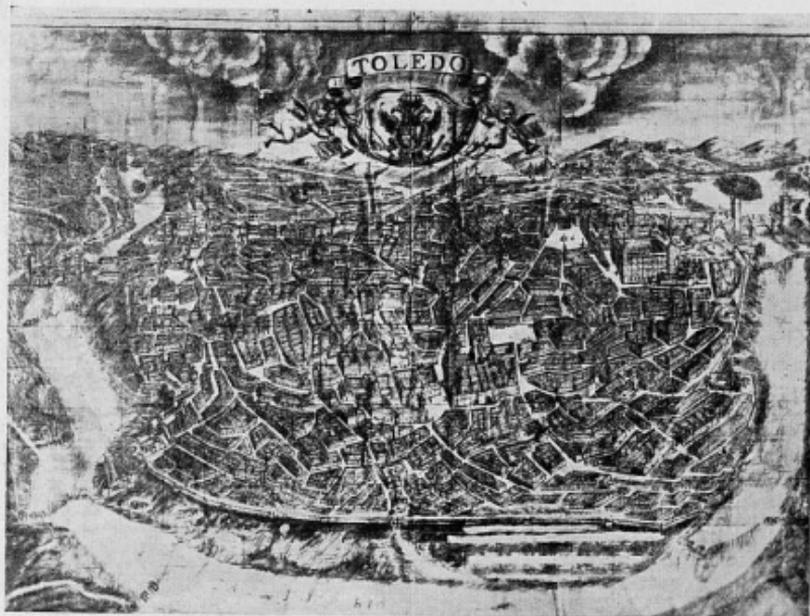
un avance con relación a las fortificaciones romanas, pero sólo pensaron en defenderse del enemigo exterior, sin saber que los hijos de Israel les harían traición dentro de su propia casa.

Los árabes, al apoderarse de la ciudad, la hermosean grandemente, edificando puentes, mercados, academias, cambiándola completamente de aspecto.

Reparan las murallas romanas y visigodas, ampliándolas por el Norte, desde las Covachuelas hasta el Puente de San Martín. Dividen la ciudad en dos distritos, lo que imposibilitaba la fácil conquista de la misma, aun con el enemigo dentro. Los palacios y las mezquitas quedaban en la parte alta y los templos mozárabes y las sinagogas judías se re-

Toledo. Cuadro del Greco.





Toledo en el siglo XVIII.

legaron a la baja, desconfiando sin duda de los que les habían facilitado, con una traición, la entrada en España.

Las características esenciales del Toledo de hoy provienen de esta época. Agrupan las casas, trazando calles estrechas, de caprichosas curvaturas, que facilitasen sus planes militares. En las antiguas ordenanzas de los alarifes toledanos se previene que el espacio que media entre casa y casa se divida por la parte superior en tres partes iguales: una para la luz y el aire y las otras dos para los salientes de los aleros, facilitando de esta manera la comunicación entre las manzanas (3).

Las numerosas construcciones de esta época acreditan, más que otros testimonios, el impulso que dieron los árabes a la ciudad. De ellos es el origen de la plaza de Zoocodover, lugar donde celebraban el mercado, de la Puerta del Sol, de la Ermita del Cristo de la Luz, de la Puerta vieja de Visagra y de otras venerables ruinas.

Al conquistar la ciudad Alfonso VI, a fines del siglo XI, comprende la importancia que tenía for-

tificarla bien, para poder defenderla de los árabes, que nunca se resignaron a tal pérdida. Restaura las murallas, aumentando y mejorando de todas maneras sus fortificaciones, y nombra Alcaide de ella al Cid Ruy Díaz, uno de los principales capitanes de su ejército. Construye de piedra el Alcázar, que hasta entonces no lo había sido, restablece la Iglesia Catedral Primada, que instaló en el templo de Santa María de Alficeu —hoy desaparecida—, y, según algunos autores, se ejecutaron reformas en la ciudad, por instigación de la Reina Doña Constanza y del arzobispo Don Bernardo.

A partir del siglo XII la ciudad se puebla por todas partes de Iglesias y Conventos, Oratorios, Colegios y Hospitales, que ocupaban barrios enteros, teniendo que dictarse disposiciones reales para cortar tales abusos, que asfixiaban la vida de la ciudad, haciendo desaparecer calles y espacios libres y obligando a Alfonso X el Sabio a prohibir fundar, dentro de los muros, nuevos Monasterios, para no estrechar más las calles y plazas con edificios que podían construirse a extramuros. También



Toledo en el siglo XIX.



abusaban los vecinos construyendo saledizos y corredores en las calles de la ciudad, lo que motivó que se prohibiesen en las Ordenanzas de Alarifes antes citadas (4), así como en el privilegio que la reina Doña Juana despachó en Valladolid el año 1509, en el que prohíbe reconstruir, en caso de ruina, los corredores y saledizos, así como construirlos a partir de dicho privilegio (5).

Todas estas Ordenanzas y Disposiciones reales, siempre incumplidas y olvidadas, demuestran una preocupación constante de los gobernantes por el bienestar de la ciudad, que sufría las consecuencias de su extraño e irregular trazado.

Desde Alfonso VI a los Reyes Católicos, o sea en el espacio comprendido entre los siglos XI y XVI, Toledo se llena de hermosos monumentos. Fernando III pone la primera piedra de la Catedral. Se construye San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca, la Sinagoga del Tránsito —mandada construir por Samuel Levi, tesorero del Rey Pedro I de Castilla—. Florece con extraordinaria brillantez la arquitectura mudéjar, llegando a ponerse de moda entre los reyes las costumbres y vestimentas árabes.

La población de Toledo llegó a alcanzar la ci-

Puente de Alcántara.





Puente de San Martín.

fra de 200.000 habitantes. Numerosas industrias y comercios se habían distribuido por la ciudad. En el centro estaban las industrias menos molestas, como las de los joyeros y plateros, tiendas de sedas, ropas hechas y otras de la misma índole, estableciéndose en las afueras los herreros y caldereros, espaderos y latoneros; pero al abandonar la ciudad Felipe II, como capital del Imperio, se cambia la ordenación de oficios establecida, reinando el más absoluto desorden.

Por aquel entonces, habiéndose quemado varias casas en la plaza de Zocodover, mandó el rey Felipe II al famoso arquitecto Juan de Herrera que hiciera un diseño de la plaza y que los propietarios se sujetaran a él para reedificar; pero las obras fueron mal y no se llegaron a construir los edificios proyectados (6).

También en esta época es inventado por Juanelo Turriano el famoso artificio para subir el agua del Tajo a Toledo. El problema del agua, fundamental para el Alcázar y la ciudad, es resuelto, en parte, por este famoso artífice, relojero de Carlos V, a quien Felipe II emplea en la célebre empresa. El año 1568 terminó de ejecutar el proyecto, que elevaba diariamente unos 13.000 litros de agua. Cons-



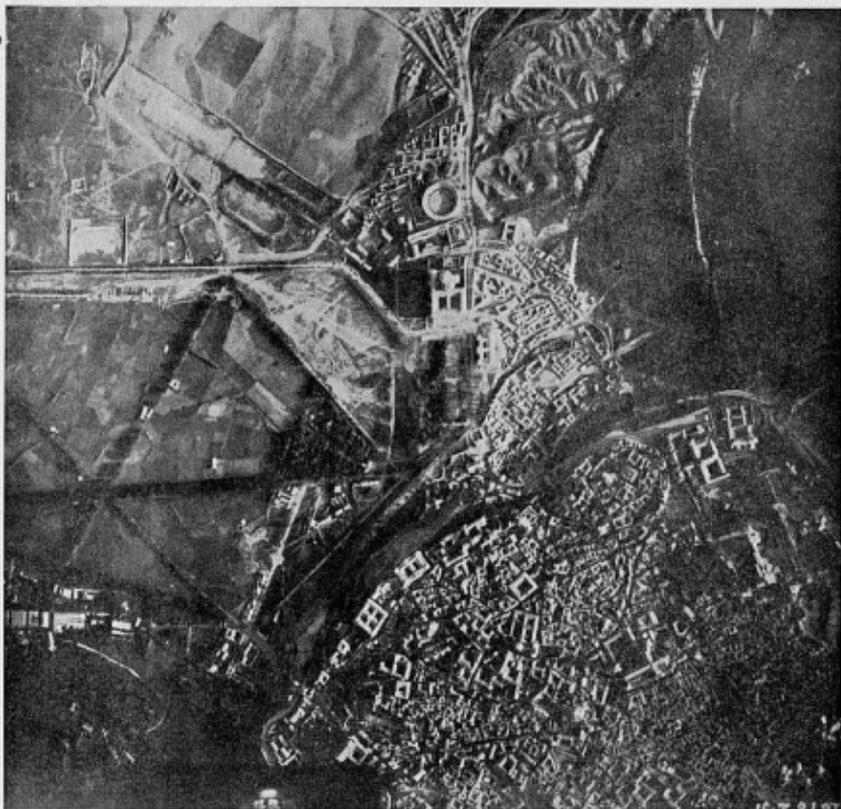
taba, según parece, de más de 200 carros de madera, pero no duró muchos años, ya que en el 1598, habiendo muerto Juanelo, el Rey quiso construir otro, pues los dos primitivos habían sido destruidos por la corriente del río (7).

Los siglos XVII y XVIII son ya de plena decadencia. La población disminuye rápidamente. Sus monumentos son abandonados, abandono que culmina en el siglo XIX, cuando la desamortización (8), con los abusos escandalosos a que dichas leyes antipatrióticas dieron lugar, leyes que fueron dictadas para regocijo de masones y negocio de especuladores.

II

Toledo renueva su tradición. Su batallar incansable durante siglos, su poderío y su grandeza de tiempos de antaño es continuada hoy en lo espiritual. Las grandes preocupaciones de los que la amaron, cuyo recuerdo nos ha dejado la Historia en Ordenanzas y Leyes, también se renuevan, pues a pesar del transcurso de los siglos la raza es la misma, y aunque hayan cambiado los ropajes, las costumbres y las armas, en las encrucijadas y repechos, en la soledad de sus callejuelas, creemos ver

Toledo a vista de pájaro.





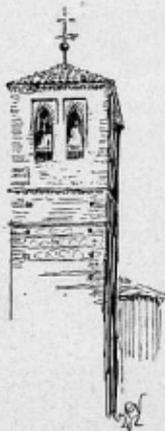
Vista general de Toledo.

aparecer algún jinete de férrea armadura que va al Palacio del Rey con nuevas traídas de tierras lejanas.

El pasado se une íntimamente al presente, y todos los afanes actuales no son más que la continuidad de las aspiraciones de los que fueron. A veces se agudizan, otras veces parecen dormir, pero nunca mueren.

Actualmente existen una serie de disposiciones dictadas en los últimos años. Toledo es ciudad adoptada a los efectos de la reconstrucción, Monumento Nacional, y últimamente se ha creado una Comisión de Urbanismo, encargada de redactar el proyecto de ordenación y ensanche de la ciudad.

A través de todas estas protecciones que el Estado brinda a la ciudad, no ven algunos vecinos de la misma lo que desean con afán, que se podría definir "tener una ciudad que no fuera Toledo", pues no sería Toledo una ciudad con calles anchas, sin murallas, sin misterio. Los vecinos quieren tener sol, habitaciones amplias, poder anunciar sus comercios con llamativos rótulos. No es tolerable —piensan— tener una ventanuca en lugar de un mirador, porque se estropea la fisonomía de la ciudad, y esa ventanuca tampoco se puede ensanchar, pues la casa tiene historia. El hombre de arte la quiere conservar como una reliquia, a pesar de los



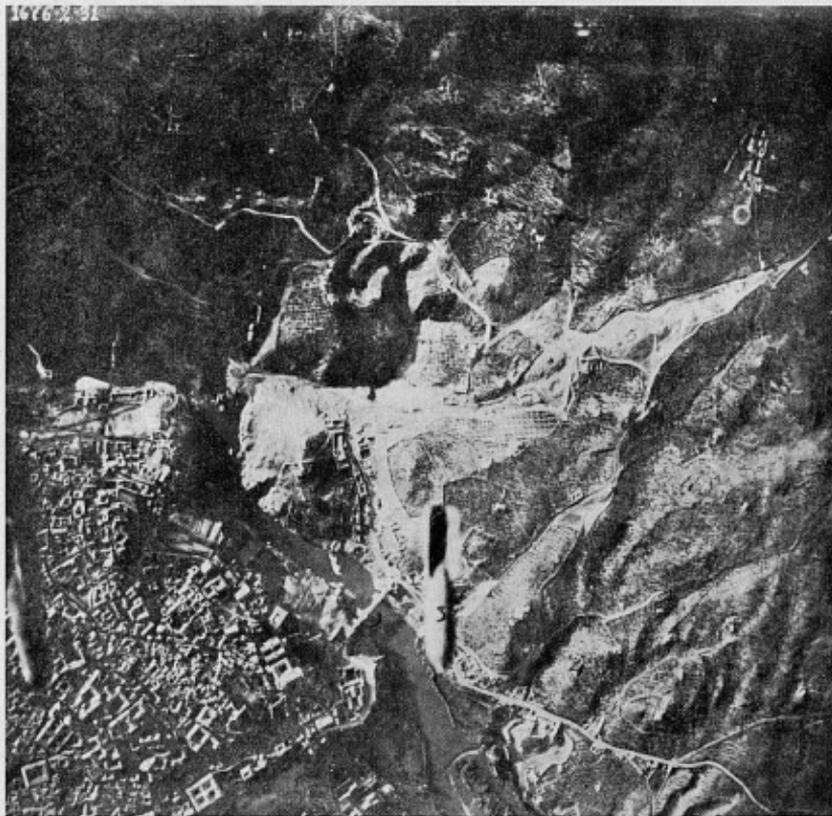
desafueros que de tiempo en tiempo se cometen en ella. Pensamientos diametralmente opuestos, los que dictan el interés personal de los vecinos y el de aquellos que van a disfrutar breves horas del hechizo de su arquitectura.

No hace aún dos años, paseaba yo por sus calles con un profesor de una Universidad norteamericana. Venía de visitar las encantadoras ciudades de arte de Francia e Italia, y, sin embargo, le vi fuertemente impresionado por el ambiente que respiraba. En las estrechas y desiertas callejas contemplaba con curiosidad las casas de ladrillo, con

sus fuertes rejas y sus zócalos comidos absurdamente por los cubos de las ruedas de los carros. ¿Puede pasar por aquí un automóvil? Estiró los brazos y tocó las paredes opuestas de una calle. Cuando llegó a su país no se acordó de la maravillosa Catedral, ni de las Iglesias mozárabes; Toledo, para él, era la ciudad sin igual de las calles estrechas.

Las calles estrechas son una de las características más elementales que le dan sabor a la ciudad. Sin ellas, Toledo habría perdido su encanto. El historiador Martín Gamero escribe, al final de la in-

Bombardeo de Toledo.





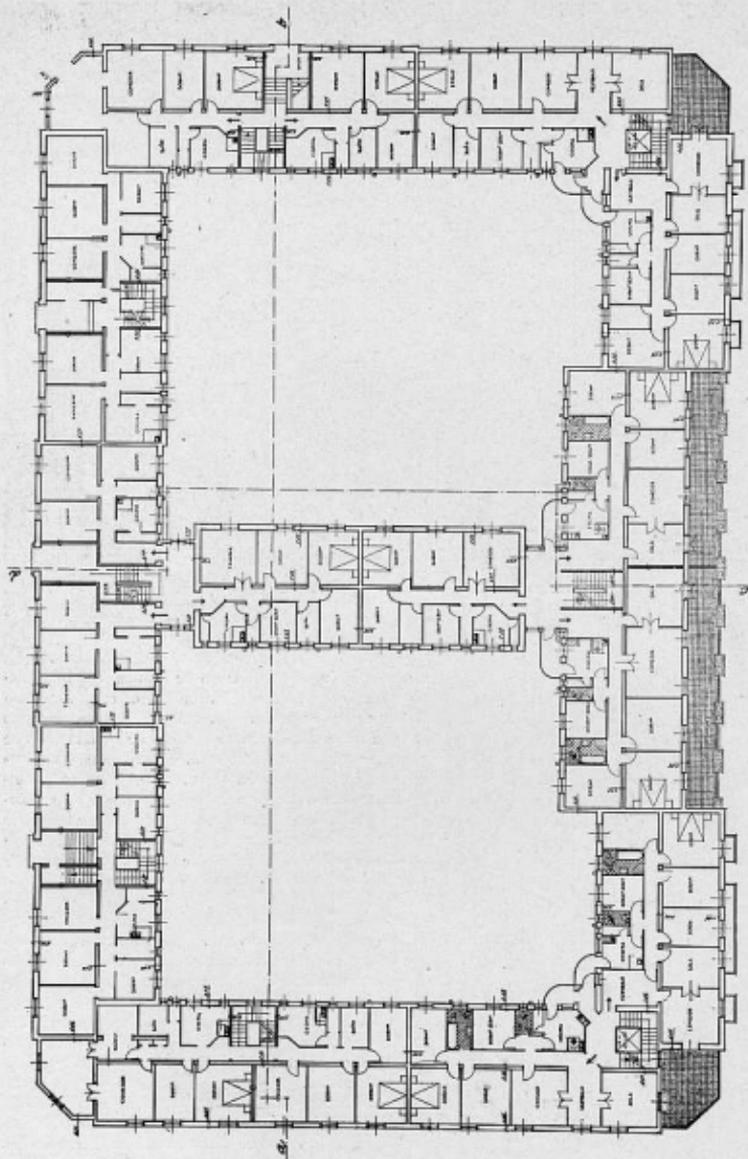
En primer término, el Alcazar destruido.



roducción a su "Historia de Toledo": "Por lo demás, carecen de entusiasmo artístico y no sienten arder en su pecho una chispa de fuego poético que despierta el aspecto original de Toledo, los que quisieran hacer de ella un pueblo llano, sin cuevas ni callejones, con calles tiradas a cordel y edificios simétricos, decorados con relieve de cartón-piedra". Esta es la opinión de un toledano que amó a Toledo, comprendiendo que la grandeza de la ciudad residía en lo que era, no en lo que podría ser. ¡Cuántos casos tristes y absurdos se han producido por creer que se favorecía el engrandecimiento de la ciudad, tirando murallas y abriendo calles nuevas, como ocurrió en Santo Domingo de la Calzada, siendo imposible remediar los desafueros artísticos y sentimentales cuando se ha dado la voz de alarma!

Otros ilustres escritores españoles y extranjeros han manifestado su admiración por sus calles torcidas y estrechas, como Bécquer, Dembowsky y Teófilo Gautier.

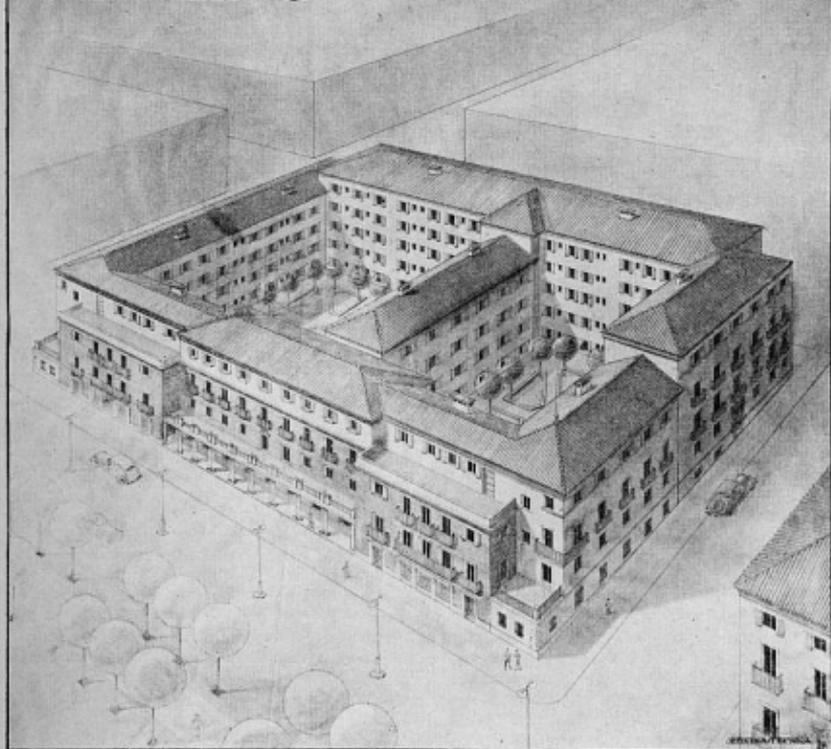
Algunos pretenden supeditar el aspecto de la ciudad a esa higiene urbanística que está tan de moda, dictando normas extrañas en anchuras de calles y alturas de pisos, erigiéndose en dictadores



Planta principal

Proyecto de viviendas en la Vega.

TOLEDO PROYECTO DE VIVIENDAS EN LA VEGA



de lo que nadie puede ni debe ser dictador, porque sólo en algunos contados casos se podrán aplicar, cuando no exista un especialista que resuelva con arreglo al caso concreto que se le presenta, en ciudades que no tienen nada que ver, por sus cualidades particulares —si son artísticas, muy respetables—, con la idea general de los que las establecieron.

De lo anteriormente expuesto se deduce que es necesario respetar en absoluto la ciudad de Toledo encerrada en las murallas, evitando a todo trance que, con el pretexto de que la gente carece de

viviendas, se construyan casas antiestéticas, de excesiva altura, que desentonen con el resto; que si bien puede ser humilde y sencillo, jamás pudo llegar a tener el mal gusto de las obras modernas, presididas por la economía y la avaricia en algunos casos, con absoluta indiferencia y desprecio por la tradición en casi todas.

Fuera de las murallas, en la Vega Baja, a ambos lados de la carretera de Avila, a distancia prudente de la Puerta de Visagra, en un lugar en que queda respetada en absoluto la integridad artística de la ciudad, a la cual le servirá de escudo con-

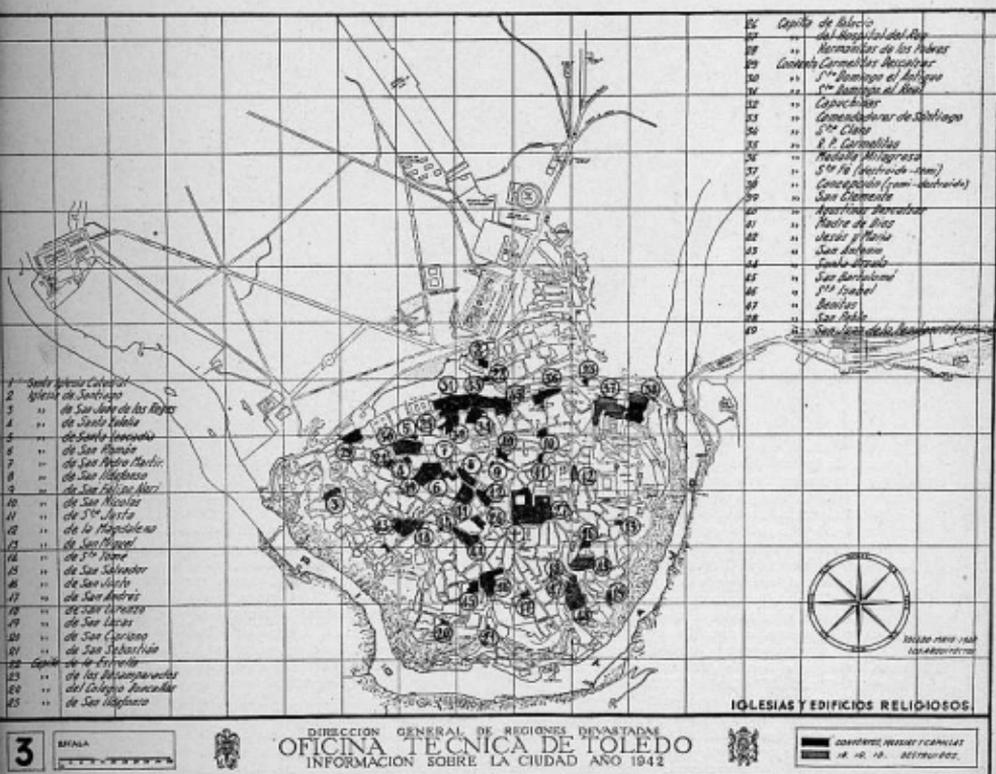
lleva, hasta la fecha, iniciadas algunas obras importantes en la capital, que culminarán con la próxima construcción del Gobierno Civil en la histórica plaza de Zocodover, cuyo proyecto ha sido ya aprobado. Además, se ha realizado una información de la ciudad, trabajo preparatorio para el proyecto de urbanización de Toledo, tan necesario para que, de una vez para siempre, existan unas normas por las cuales se pueda guiar, en el futuro, la Ciudad Imperial.

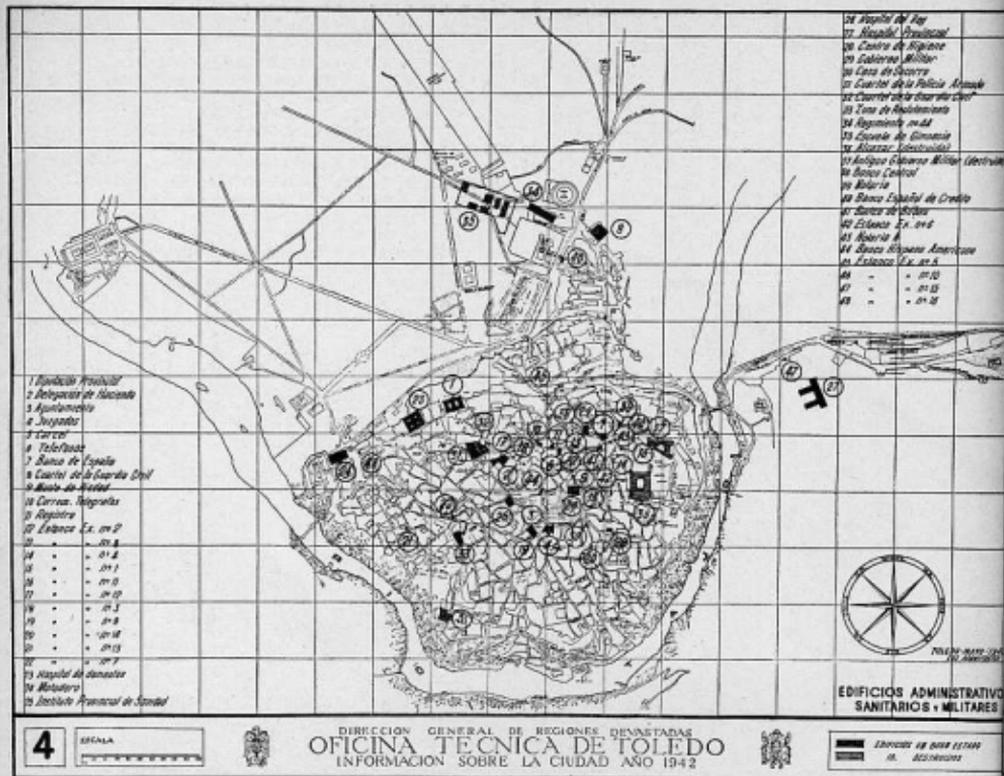
Madrid, mayo 1942.

ARÍSTIDES FERNÁNDEZ VALLESPÍN.
Arquitecto.

(1) *Historia o descripción de la Imperial Ciudad*, Pedro de Alcocer, Toledo, 1554.—*Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, Francisco de Pisa, Toledo, 1617.—*Historia de Toledo*, Conde de Mora.

(2) Ambrosio de Morales, *Historia*, Lib. 12, Cap. 42, dice así: "Flavio Paulo Suindo, Rey de lo oriental, a Wamba, Rey de la parte del Mediodía. Si has acabado de rodear las inhabitables rocas de los montes; si ya como león hambriento has despojado las bravas selvas; si ya has domado el curso de las cabras, el salto de los ciervos y la gloria de los osos; si ya no te queda ni vibora ni culebra, cuya pozoña no hayas derramado; avisámelo, señor de los bosques y amigo de los peñascos; porque si todo esto has ya vencido, y tienes ánimo de verte conmigo, date prisa a venir hasta la





cumbre de los Pirineos, que allí hallarás de los más con quien puedas hacer mejor guerra que con los animales".

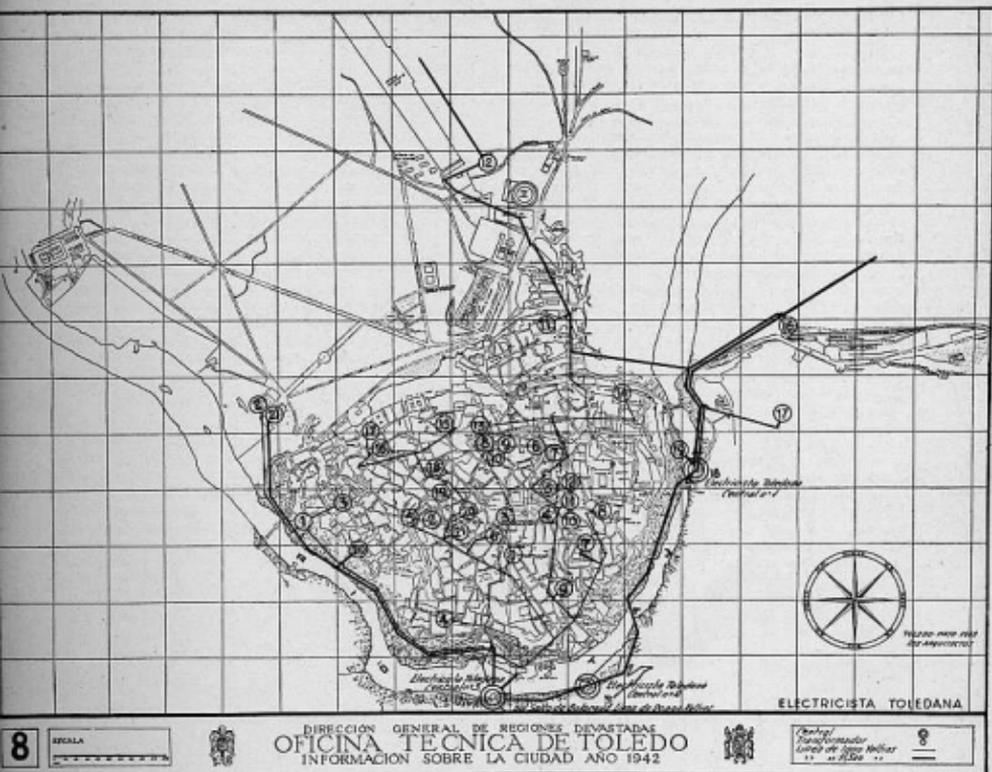
(3) *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de la muy noble y muy leal e imperial ciudad de Toledo, Toledo, 1858.* En la página 21: "Non deve ningún hombre sacar la ala de su Texado mas de quanto puede comprender el tercio de la calle, y fínque el otro tercio para el ala del otro texado que es de otra parte, e que fínque el otro tercio en medio, para ayre, e por do entre la lumbre, e para do caygan las aguas. I el que aqiesto passare y mas tomare para ala de su texado, mandelo el Alarife desfacer, por mandato de el Alcalde". Título XIV, Capítulo XXV.

(4) Capítulo XXVI. Se dispone "que todo hombre que hace sobrado e atraviesa la calle para encubierta, deve fazella a tan alta que pueda passar so ella el cavallero con sus armas, e que non le embargue: e si mas baxa la fiziere, de guisa que embargue al cavallero con sus

armas, deve el Alarife mandalla desfacer por mandato de el Alcalde".

(5) *Privilegio de Doña Juana en Valladolid, el 15 de noviembre de 1509.* Dice así: "A vos el que es o fuere mi corregidor o juez de residencia de la muy noble ciudad de Toledo, o a vuestro Alcalde en el dicho oficio o cualesquier de vos, salud e gracia.

"Sepades que yo soy informada que en muchas de las calles públicas dessa ciudad estan edificados muchos edificios saladeros e corredores, e balcones, por las delanteras de las cassas que salen por gran trecho a las dichas calles, e toman, e ocupan toda o la mayor parte dellas, de manera que las dichas calles están muy tristes y sombrías, de manera que en ellas no puede entrar ni entra claridad ni sol, e de continuo estan muy húmedas y lodosas e sucias en lo que diz que toda la comunidad de la dicha ciudad recibe mucho daño e que como quier que dicha ciudad tiene ordenanza sobre esto, que no es guardada, ni ejecu-



tada, según e como deve, e porque lo de sussodicho es en mi desservicio, e a mi como Reyna e Señora, en ello pertenece proveer e remediar, en el mi Consejo fué acordado que devia mandar proveer en ello en la forma siguiente: e que devia mandar dar esta mi carta para vosotros en la dicha razon, yo tomelo por bien, por lo cual vos mando. Que agora, ni de aqui adelante, ninguna ni algunas personas de qualquier estado o condición, preeminencia o dignidad que sean, lo fagan ni labren, ni edifiquen en las calles públicas de la dicha ciudad, ni en algunas dellas, passadizos, ni saledizos, corredores, ni balcones, ni otros edificios algunos, que salgan a la dicha calle fuera de la pared en que estuviere el tal edificio; e si de aqui adelante, alguno o algunos de los passadizos e corredores, e balcones, e otros edificios de sussodichos que en las calles de la dicha ciudad estan fechos e edificados, se cayeren, o derrumbaren, o desbarataren por cualquier manera, mando que los dueños de las casas donde fueren y es-

tuvieren fechos, ni los que en ellos moraren, ni otras personas algunas, lo non puedan tornar o fazer, ni los reedifiquen, ni renueven, ni reparen; e quando fueren caydos todos o cualesquier parte dellos, que no los tornen a fazer, ni a reedificar, ni a reparar cosa alguna, ni parte dellos, salvo que quedé raso, e ygual con las dichas paredes que salen a las dichas calles donde estuvieren los dichos edificios: por manera que las dichas calles publicas queden exentas y sin embarazo de ningun passadizo, ni saledizo, ni otro edificio alguno de los sobredichos, y esten alegres y limpias e claras, y puedan entrar y entre por ellas sol y claridad, e cessen todos los daños sobredichos."

(5) *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*, Llaguno, Madrid, 1829. Página 133. Dice así: "Por entonces se quemaron varias casas de la Plaza de Zocodover de aquella ciudad, y mandó Felipe II "se reedificase toda ella para mayor ornato con la traza y orden que se dió firmada de Joan de He-

rrera su Arquitecto y aposentador de Palacio". Tomaron los de Toledo con mucha lentitud esta reedificación, y el Rey expidió desde El Escorial, en 28 de septiembre de 1590, cédula al corregidor en que declara lo referido, y después prosigue: "Y por haber visto este verano, que estuve en esa ciudad, lo poco que está hecho en la dicha plaza, y lo que ofende a la vista de la manera que agora está; y entendido que se ofrecen algunas dificultades para ejecutar lo que está ordenado, ha parecido que conviene que ninguna persona de cualquier calidad y condición que sea, pueda edificar ni reedificar en la dicha plaza de Zoedover, si no fuere con la dicha traza y orden, y lo que contra ella se hiciere, o pretendiere hacer, se impida y estorbe: y que si los dueños de las casas no las quisieren reedificar conforme a dicha traza, y hubiere otras personas que se quieran obligar a ello, sean compelidos y apremiados a que las vendan, pagándoles por ellas el precio en que fueren tasadas jurídicamente. Y porque es mi voluntad y conforme a razón y justicia que así se haga, por ser para ornato de ciudad tan insigne y principal, os mando, etc." Por otra cédula del mismo día dió orden para que la subida al Alcázar se hiciese conforme a aquel diseño. En esta parte se efectuó lo que dispuso Herrera, haciéndose el arco y otras obras que hay allí; pero la plaza quedó irregular, sin que se llegasen a construir los edificios proyectados.

(7) *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*. Llaguno, Madrid, 1829, página 102. Dice así: "Para acertar Juanelo en tan ardua empresa, hizo antes un modelo, que describe Ambrosio de Morales, en esta forma: "La suma de (esta invención) es anexas, o engoznar unos maderos pequeños en cruz por enme-

dio y por los extremos... Estando todo el trecho así encadenado, al moverse los dos primeros maderos junto al río se mueven todos los demás hasta el Alcázar, con gran sosiego y suavidad, cual para la perpetuidad de la máquina convenia... Mas lo que es más maravilloso es haber encajado y engozado en este movimiento de la madera unos caños largos de intón, cuasi de una braza en largo con dos vasos del mismo metal a los cabos; los cuales subiendo y abajando con el movimiento de la madera, al bajar el uno va lleno y el otro vacío, y juntándose por el lado ambos, están quedos todo el tiempo que es menester para que el lleno derrame en el vacío. En acabando de hacerse esto, el lleno se levanta para derramar por el caño en el vacío, y el que derramó ya y quedó vacío se levanta para bajarse y juntarse con el lleno de atrás, que también se baja para henchirle. Así los dos vasos de un caño están alguna vez vacíos, teniendo sus dos colaterales un vaso lleno, yéndose mudando así, que el que tuvo un vaso lleno luego queda vacío del todo, y el vacío del todo tuvo luego un vaso lleno, y siempre entre dos llenos hay un caño con los dos vasos vacíos."

(8) *Historia de Toledo*. Martín Gamero, Toledo, 1862, página 61. Dice así:

"Las demoliciones para el aprovechamiento de materiales, que se han practicado desde que rigen las leyes desamortizadoras de esta época, son, indudablemente, una de las causas que alteran el aspecto actual de Toledo, lo que nos está despojando de algunas zonas artísticas de grande estima, y concluirá por aplicar colorido extraño, sino repugnante, al conjunto híbrido que compone todo el cuadro abigarrado de nuestra topografía..."

